

Publicaciones

Artículos de prensa y libros

Los conferenciantes de la Semana califal.—Serie de artículos biográficos, publicados en el «Diario de Córdoba» durante los días de la Semana califal, y dedicados a los conferenciantes don Rafael Castejón, don Miguel Asín, don Emilio García Gómez, don Angel González Palencia, don Julián Ribera y don Antonio Jaén. Por don Pascual Santacruz.

El Califato de Occidente, por Antonio Losada Campos. «Diario de Córdoba», 24 Enero 1929.

La semana del Califato cordobés, por Eduardo M. López de Rozas. «Diario de Córdoba», 31 Enero 1929.

La Semana Califal en Córdoba, por José Villa. «Diario de Córdoba», 2 Febrero 1929.

Al cumplirse los mil años... Córdoba conmemora la instauración del Califato, por Marcos Rafael Blanco Belmonte. «Blanco y Negro», 28 Enero 1929, Madrid. Con varios fotograbados de Córdoba.

El milenario del Califato de Córdoba. La cumbre de la Historia de España, por Carlos Fernández Cuenca. «Heraldo de Madrid», 30 Enero 1929. Con varios fotograbados.

De la Córdoba que ahora se celebra. El primer santo mozárabe, por Luis Astrana Marín. «El Imparcial», 27 Enero 1929, Madrid. Crítica del libro acerca de San Eulogio del P. Justo Pérez de Urbel.

El Milenario del Califato. Síntesis de la Filosofía hispanomusulmana, por Miguel Asín. **Lo que era la Córdoba árabe. Tres grandes poetas de la Córdoba mora**, por Emilio García

Gómez. **Lo que era la institución del Califato occidental**, por Angel González Palencia. «El Debate», Madrid, 21 Enero 1930.

El Califato de Córdoba. Como era la antigua ciudad de Córdoba. Las calles típicas de Córdoba y las calles de Tetuán. La Mezquita de Córdoba. La gran arquitectura cordobesa. Descripción del miharab. Casida en elogio de Córdoba, del Jeque Asad ben Masín Ed-din. **Medina Az Zahra**. Número extraordinario de «Al Ittihad», Tetuán, reyab 1347 (Enero 1929).

A propósito del milenario del Califato cordobés. **Lo que decían los árabes de la Mezquita de Córdoba**, traducción de Almaccari. «Africa, Revista de Tropas Coloniales», Ceuta, Marzo de 1929.

España y Egipto, por Emilio García Gómez. «El Debate», 11 Marzo 1929.

Jardines árabes de España, por Emilio García Gómez. «El Debate», Madrid, 7 Enero 1930.

La música andaluza antigua y su influencia. Conferencia de don Julián Ribera en la Semana Califal, inserta en «Boletín Musical», Córdoba, Abril 1929.

Un olvido nacional.—El Milenario del Califato, por Luis de Zulueta. «El Sol», Madrid, Enero 1929.

Hubo en la Historia un momento en el que nuestra patria ocupó indudablemente el primer lugar entre todos los países del Mundo. El pueblo español fué entonces el primero del Orbe, el más culto, el más sabio, el más artista. Nuestros filósofos y eruditos eran los maestros de la civilización. El resplandor del pensamiento hispano iluminaba a la humanidad entera.

Momento glorioso, en verdad. Momento casi olvidado, en general, aun por aquellos que viven con el alma vuelta hacia la tradición; por aquellos, sobre todo, que pretenden monopolizar el patriotismo.

Ahora, en estos mismos días, debena la nación entera celebrar con esplendor inusitado y a la vez con íntima emoción el primer milenario de esa fecha incomparable. Mil años justos se están cumpliendo... Y nadie, nadie pensó en ello, con excepción de unos pocos doctos y unos contados entusiastas.

—Pero—objetará alguien quizá—España fué la primera nación del Mundo hace, no mil años, sino cuatrocientos, en el siglo xvi.

Esta es opinión generalizada. Acaso no tan exacta como extendida. Admirable, en verdad, fué nuestro siglo xv con la colonización de América, las conquistas exteriores y el florecer de las artes y las letras. Mas el espíritu de la época, el Renacimiento, no se engendró en nuestro suelo ni en nuestra alma.

No era nuestra civilización, entonces, superior a la de Italia y Francia. Eramos, tal vez, en aquel momento la primera potencia, pero no la primera cultura de Europa.

La primera cultura del Mundo la representábamos nosotros en los albores del siglo x. Relativamente a la época, por supuesto, y en comparación con el estado en que se hallaban los demás pueblos. La verdadera grandeza no es la de la extensión territorial, sino la de la civilización interna. En los dominios del espíritu el Sol no se pone jamás. Nuestra cultura era superior a todas las otras en el siglo x. No lo era en el siglo xvi. Fuimos al país más grande del planeta, no con el rey Felipe II, sino con el califa Abderrahmán III.

Ahora se cumple el primer milenario del Califato. El 16 de enero del año 929, en aquella maravillosa Córdoba que llegó a tener doscientas mil casas; famosa por sus filósofos y sus artistas, por sus bibliotecas y sus talleres, el magnífico Abderrahmán, después de orar en la Mezquita que, embellecida todavía por sus sucesores, nos da testimonio perdurable del esplendor de aquella época, cambió de título y se proclamó Califa, consagrando con esta denominación suprema su obra de prosperidad, de ilustración, de progreso. «Es un rey de los tiempos modernos—afirma Dozy—, mejor que un califa de la Edad Media».

Por entonces, el poder del Califato cordobés se extendía a casi toda España. Solo quedaban fuera León y una parte de Cataluña. Y aquella España de los califas, en un siglo de rudeza y de atraso, era, si, el pueblo más adelantado entre todos los pueblos; la flor del espíritu humano.

Basta leer los modernos trabajos de Ribera y de Asín, los excelentes libros de González Palencia, para comprender hasta qué punto los españoles musulmanes, y también los españoles judíos que con ellos vivían, difundieron por Europa las luces de la ciencia y del arte, mejoraron la técnica y la industria, transmitieron el tesoro de la antigüedad clásica, enseñaron teología y filosofía, influyendo en los pensadores cristianos medievales, en un Dante Alighieri, en un Raimundo Lulio, en un Tomás de Aquino.

¿Por qué, pues, no conmemora hoy toda España el milenario de su Califato? Ciertamente es que la Academia de Córdoba, con el concurso de nuestros más insignes arabistas, va a celebrar, del 21 al 26 de este mes, una «Semana Califal», en la que se abrirá una Exposición, se darán conferencias y se visitarán algunos de los principales monumentos del arte árabe. Pero estos son actos locales, aunque de significación espiritual muy alta, que sirven precisamente para hacernos ver el olvido nacional, el lamentable olvido en que hemos dejado una de las más preclaras efemérides de nuestra historia.

Lo grave es que este olvido no es sólo un descuido, sino que delata una profunda ofuscación. Proviene, en realidad, de que esos árabes no nos parecen enteramente españoles. ¿Por qué? Después de un siglo, de dos siglos, de siete siglos de vivir en España, todavía los musulmanes andaluces no eran, a nuestro juicio, bastante españoles. Podrá un moro granadino tener veinte abuelos consecutivos, veinte abuelas sin excepción alguna, nacidos en España, y aún no lo consideramos español. No lo consideramos bastante español por más que, si salía de nuestro suelo, el recuerdo de la patria le arrancase, como a Abensaid el Magrebi, las más tiernas estrofas... «¿Dónde están tus almenas?, ¡oh Málaga querida!..»

«¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso que yo moraba en ella, lo que es gozar no se...»

¿Por qué esa injusticia? Sólo por una causa. Porque esos grandes españoles no eran cristianos. Por eso, y sólo por eso, Averroes, la figura, quizá, más grande de su siglo, no tiene un monumento en su patria española. Por eso, no es Almanzor un héroe nacional como el Cid. Por eso, España es «la España de Recaredo» y no la España de Abderrahmán, aunque el primer califa fuera español, descendiente de españoles, nieto de un príncipe cordobés y, por su abuela cristiana, tataranieta de Iñigo Arista. Y si sus antepasados invadieron a España desde el Sur, desde el Norte la invadieron igualmente los antepasados de Recaredo.

Como antaño expulsamos a musulmanes y judíos, empobreciendo materialmente a España, hogaño la empobreceremos idealmente manteniendo la expulsión espiritual de las glorias hispanas que no profesaron el cristianismo. Esta exclusión fanática es contraria al patriotismo y en nada favorable a la religión.

España fué, en la Edad Media, un gran pueblo de moros, judíos y cristianos. A veces, convivían con ejemplar tolerancia. La corte de algunos reyes cristianos parecía casi una corte del Islam, por el estilo, por el ambiente, por la presencia de consejeros y dignatarios árabes. Alfonso el Sabio fundó escuelas superiores, en las que maestros musulmanes y cristianos enseñaban juntamente. Abderrahmán, a su vez, mostraba su confianza en un obispo cristiano. Reyes cristianos firmaban en árabe, en cambio, en la Córdoba de los califas se hablaba un dialecto romance.

España fué el gran pueblo de las tres leyes, de las tres religiones. No la reduzcamos y mutilemos con un criterio exclusivista. Hasta que Averroes y Maimónides no nos parezcan tan compatriotas nuestros como Luis Vives, no habremos reconstituido la integridad gloriosa del pensamiento español.

Con aquel criterio exclusivista, al empequeñecer la patria, empequeñecemos también la religión. España es más que sus hijos católicos, y, a su vez, el catolicismo, nombre que equivale al de universalismo, debe estar por encima de todas las fronteras y de todas las características nacionales. La tendencia a identificar una nación con una religión envuelve un grave error, nocivo para ambas. Ese error es, cabalmente, típico del judaísmo, y típico también del mahometismo, que confunde la ley civil y la ley religiosa. La gloria del verdadero cristianismo, en cambio, consiste en haber elevado la religión sobre todas las demarcaciones humanas, enseñando a adorar a Dios, no en el monte Garizán ni en el templo de Jerusalén, sino en el reino puro del espíritu y de la verdad...

¿Recordáis la sin par Mezquita cordobesa, torpemente destrozada para meterle dentro un coro de catedral? Todavía en este siglo se repite moralmente el mismo yerro cuando destrozamos nuestra historia cercenando de nuestra conciencia patria las glorias españolas del Califato. Bien estaba la Mezquita y bien estaría el coro plateresco en una iglesia cristiana. Españolas ambas, quien hoy rezase en ésta, ¿por qué no había de soñar libremente en el mágico recinto de aquélla, respetado, intacto, con la primitiva y no truncada armonía de sus arcos innumerables, sostenidos por las columnas de mármol y pórfido, bajo los cuales, hace un milenio, inclinaba Abderrahmán su noble cabeza?..

Aspectos.—El aniversario del Califato, por Andrenio. «La Voz», Madrid, 10 Enero 1929.

La Academia Cordobesa de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes se dispone a celebrar el primer milenario del Califato. En esta época de centenarios,



medios centenarios y tres cuartos de centenario, un milenario se destaca como un obelisco. Es una de las grandes fiestas de ese culto de la recordación histórica, característico de nuestra época, que no siendo en general tradicionalista en el apego a las formas muertas, lo es en un sentido de sincretismo, de vivir o de comprender todas las épocas, de colocarse en la corriente del *devenir* histórico.

La Academia de Córdoba, que ya contribuyó en la medida de sus fuerzas a animar el centenario del peregrino poeta cordobés don Luis de Góngora y Argote, revela con estos actos de cultura que no es una corporación embalsamada, sino viviente y activa. En el programa de las fiestas intelectuales del milenario leo los nombres de los dos más insignes arabistas españoles actuales: don Julián Ribera y don Miguel Asín, y de algunos de sus más aventajados discípulos, como el señor González Palencia y don Emilio G. Gómez. Se celebrará también en la Semana Califal (del 21 al 26 de enero) una Exposición de Arte Árabe.

El aniversario del Califato merecía más que una conmemoración local, pues no sólo es el momento más brillante de la historia de Córdoba, sino la ocasión en que España estuvo a la cabeza de la civilización. Los dos grandes momentos de la cultura española son el del Califato y el del siglo XVI, prolongado hasta la mitad de la centuria siguiente. Más en la época de esplendor del Califato, desde Abderramán III a Almanzor, Córdoba no tenía competidores en la Europa bárbara de Occidente. Córdoba, Damasco o Bagdad y Bizancio eran las capitales de la civilización. No ya los pequeños Estados cristianos de la Península, pero ni los otros reinos de la Europa occidental podían competir con el Califato cordobés. Ornamento del mundo llamó a Córdoba la monja Hroswita. A Córdoba iban a iniciarse en las ciencias estudiantes de la Europa cristiana. Allí parece que adquirió su saber el famoso monje Gerberto, el Papa que gozó fama de mago y que figura en la lista de los pontífices con el nombre de Silvestre II.

* * *

La obra del Islam ofrece algo de la fragilidad de la arquitectura árabe. Fué como un brillante cometa que recorrió el mundo. La conquista musulmana fué rápida por la protección de Alá, creían los musulimes; históricamente por la debilidad de los estados que invadieron los sucesores del Profeta, por el ímpetu que dió a pueblos bellicosos aquella buena fe tan militante y por la tolerancia de los conquistadores árabes con las poblaciones conquistadas, que con frecuencia mejoraban de situación bajo sus nuevos dominadores. La expansión del Islam es el mayor ejemplo que se ha dado en el mundo de conquista religiosa por las armas. A la tercera de las grandes religiones semíticas se le podría dar el título de religión de la espada. Aparecía además como una religión fácil, sincrética, de conciliación, que se incorporaba elementos judaicos y cristianos y que transigía con las pasiones.

Más aunque el triunfo del Islam ofrezca en la Historia ese carácter de meteoro y su decadencia, a la vez política y cultural, haya sido rápida en todos los lugares donde venció, la obra de los árabes (dando el nombre étnico a los musulmanes en general) fué profunda. Desempeñaron un gran papel histórico. En el botín de sus conquistas entraron la ciencia, el arte y la literatura de los países a que llegaron sus armas: particularmente las de Bizancio, Persia y la India.

Fueron el gran vehículo que comunicó a la Europa bárbara, al través de sus versiones, la cultura antigua. Las aportaciones de los árabes de España y de Sicilia en la civilización europea cristiana, tanto en el saber como en las artes y en las instituciones políticas y sociales, fueron inmensas.

Por la cultura medieval circulan corrientes de influencia arábiga. Así ha descubierto en la *Divina Comedia* las huellas de la escatología musulmana. Uno de los grandes personajes de la Edad Media, el héroe gibelino, Federico II de Hohenstaufe, tomó de los antecedentes musulmanes de su Estado patrimonial de Sicilia el primer esbozo de la administración moderna.

* * *

¿Hasta qué punto podemos tener por español al Califato? Escritores hay, como Gonzalo de Reparaz, que le consideran como más español que la España formada por la reconquista, juzgando que ésta se debió en proporción considerable a los contingentes de aventureros europeos que, atravesando los Pirineos o por la costa, venían a la Península como a una tierra de cruzada y de conquista y dieron fuerza y cohesión a los pequeños Estados cristianos del Norte. También se apoya Reparaz en la afinidad étnica entre los berberiscos y las poblaciones indígenas de España. Aquí vinieron más berberiscos que árabes y sirios. Otros, por el contrario, sin negar el esplendor del Califato, consideran la dominación árabe como un injerto extranjero, expulsado por un esfuerzo secular, y procuran, en cuanto les es dable, empequeñecer la influencia de la cultura arábiga.

Estas dos perspectivas tuvieron su realidad en la sucesión de las épocas históricas. En la época del Califato, lo más importante que hay en España es el gran Estado musulmán de Córdoba. Los súbditos del Califa eran en su mayoría hispanorromanos. Los guerreros africanos y orientales que se habían establecido aquí a consecuencia de la conquista formaban una exigua minoría. La España árabe pesa entonces mucho más que la España cristiana, atrasada y pobre. Después, al disgregarse el Califato y comenzar la era de las grandes conquistas cristianas, la relación se invierte. Los reinos moros son el cuerpo extraño, y la España cristiana pasa a ser la verdadera España. Pero acaso fué en Poitiers, cuando Carlos Martel derrotó a los árabes, donde se fijó el destino de la Reconquista española. Con todo, el Califato merece ser recordado como una de las grandes épocas y uno de los elementos integrantes de nuestra historia.

Disertaciones y opúsculos, por Julián Ribera. Artículos críticos por Pascual Santacruz, Correspondiente de nuestra Academia. «Diario de Córdoba», 16 y 23 Diciembre 1928 y 6 Enero de 1929.

Poemas árabe-andaluces, por Pascual Santacruz. «Diario de Córdoba», 3 Febrero 1929.

Artículo crítico del trabajo de igual título publicado por don Emilio García Gómez, en «Revista de Occidente», Agosto 1928, Madrid.

Un cuento árabe fuente común de Abentofáil y de Gracían, por Pascual Santacruz. «Diario de Córdoba», 7 Marzo 1929.

Reseña de la tesis de don Emilio García Gómez sobre el mismo título.

Andalucismo. El arte musulmán entre el período de la Mezquita cordobesa y el de la Alhambra granadina. «Revista de la Raza», marzo 1929, Madrid.

Les voutes nervées hispano-musulmanes du XI.^o siècle et leur influence possible sur l'art chrétien, por E. Lambert. «Hés-péris», 2.^o trimestre, 1928, p. 147.

Comunicación al VI.^o Congreso del Instituto de Estudios Superiores de Marruecos.

Research Methods in Muhammadan Art, by Arthur Upham Pope. «The Art Bulletin», septiembre, 1925».

Catalogue of a Loan Exhibition of Early Oriental Carpets, by Arthur Upham Pope. 122 pág., 48 pl. Chicago, 1926.

Old Oriental Carpets. Vol. I. Por Friedrich Sarre y Hermán Trnkwaid. Viena-Leipzig, 1926.

Turkish «Bird» Rugs and Their Dessing, por R. M. Riefstahl. «Art Bulletin», Marzo 1925, New-York».

La corte literaria de Alháquem II en Córdoba, por P. Meichor M. Antuña. Religión y Cultura, Enero 1929, Real Monasterio de El Escorial. Conferencia pronunciada en la Real Academia de Córdoba.

P. José López Ortiz. Formularios notariales de la España musulmana. «La Ciudad de Dios», Mayo 1926.

Algunos capítulos del Formulario notarial de Abensalmún de Granada, por P. José López Ortiz. «Anuario de Historia del Derecho Español», tomo IV, Madrid, 1927.

Folch y Torres, J. **La cerámica de Paterna.** «Gaseta de les Arts», núm. 48, Barcelona.

Ratifica su conocida opinión de que esta cerámica, como la

califal de Córdoba y la turolense del xvi y xvii, debe la coloración verde del cobre y la parda del manganeso a influencias bizantinas, por encontrarse sus similares en toda la ribera mediterránea que dominó Bizancio, al contrario de Persia y otros puntos de influencia netamente islámica.

La Giralda, por Anibal González y Alvarez Ossorio. «Ibérica», 23-30 Noviembre 1929, pág. 322.

Conferencia pronunciada en Sevilla con grabados.

Die Keramik von Samarra, por Friedrich Sarre, 103 páginas, 202 figuras, 39 pl., Berlín, Reimer, 1925.

Islamic Pottery, por A. J. Butler. 179 páginas, 92 pl. Londres, Benn, 1926.

Abentofáil y el filósofo autodidacto, por Agustín Serrano de Haro. Guadix, 1925.

El justo medio en la creencia. Compendio de teología dogmática, de Algazel. Traducción española por Miguel Asín Palacios. Madrid, 1929. Edición del Instituto de Valencia de Don Juan.

Un texto árabe occidental de la Leyenda de Alejandro, edición, traducción española y estudio, por Emilio García Gómez. Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid. MCMXXIX.

Arquitectura califal y mozárabe, por E. Camps y Cazorla. Madrid, 1929. De la serie «Cartillas de Arquitectura española». 32 páginas y XXX láminas.

Pendentifs, Trompes et Stalactites dans l'architecture orientale, por J. Rosintal. París. 1928, 106 pág. y 10 planchas.

A compendium of Aljamiado literature, por A. R. Nykl. Containing: Rekontamiento del rey Alixandre (An aljamiado versión of the Alexander legend, with an introduction, study of the aragonesse traits, notes and glossary). The history and classification of the Aljamiado literature. Extrait de la Revue Hispanique, tomo LXXVII. New-York, París, 1929. 208 pág.

El Islam. La Alhambra de Granada, por Macario Golferichs. Barcelona, 1929. 250 pág. y numerosos planchas y grabados.